

... mundia magdaleno

(HETERÓNIMO DE INDIRA CARPIO OLIVO)

# *Yerbamala*



Alcaldía  
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte

**Colección YO MISMA FUI MI RUTA**

...



# *Yerbamala*

Mundia Magdaleno  
(heterónimo de Indira Carpio Olivo)

*COLECCIÓN* YO MISMA FUI MI RUTA



**Alcaldía  
de Caracas**

Fondo Editorial Fundarte

*Yerbamala*

© Indira Carpio Olivo, 2020

© FUNDACIÓN PARA LA CULTURA Y LAS ARTES, 2020

Concepto y edición: Giordana García Sojo

Diseño y diagramación: J.R.C.

ISBN: 978-980-253-781-5

Depósito Legal: DC2020000997

Caracas - República Bolivariana de Venezuela

# Índice

## PRESENTACIÓN

País

Tamarindo

Madre

Amante

Último

Manual

Ojos

Mantel ◀▶

Anfibia

Roca ◀▶

Casa

Que no me den a elegir

Esquinera

Parte de guerra

Robo

Margarita

Tú no ◀▶

Fórmica

Pez

Juana

Lucía

Macho en polen

Cartilla

Muerta

Güevonada

Noche

República

Dormancia

Hueco

INDIRA CARPIO OLIVO (reseña biográfica)

## Presentación

En este libro los metales se corroen, las mujeres y los hombres se hacen patentes en su organicidad, en medio de una realidad sin eufemismos, liberada de toda sacralización. Quizás su autora ha querido reiterar la mezcla de perfumes de los paisajes tropicales: la brisa marítima y la humedad de las frutas que se pudren bajo las hojas secas. Así como la vida, este libro no es en blanco y negro, todo material permea: una madre no es un ser venerable, es un ser humano que sufre, que grita, que también se enfurece, cree, descreo y se cansa. El pescador, la yerbera, la mujer que hace mercado, son aquí personajes de nuestro siglo, libres de criollismo y sin embargo cotidianos, cercanos, perceptibles desde las expectativas que ellos como cualquier ser humano tienen frente a la vida de hoy: invadida por diversos estímulos mediáticos, escéptica, crítica. En este libro la mujer nace cuando reconoce los estigmas de su madre, junto a todas las madres. El hombre pasa de lado, como una sombra frente a la que reacciona una mujer, según cada cual y sus variados tipos.

La casa, las frutas, los hijos, son la vida que fluye con la sangre bajo la costra que arranca y limpia la autora con sus palabras: sabe que la verdad puede arder, pero la escribe para el lector a fin de que sea reconocida. Aquí tenemos madres, mujeres, hijos, sin el cliché familiar, palpables en un sentido visceral, con lo que los reúne, como prole de un mismo árbol que florece, excita con sus frutos o se pudren cuando deben caer.

CARLA GARCÍA CITERIO



*Yerbamala*

## País

No puedo sostener mi nombre  
convertido en bola de piel  
En los codos le crece una paraulata  
en la lengua un codo  
Mi nombre en hueso  
mi nombre sin cuerpo  
En la noche lo hirieron  
pero ha vuelto de la grieta  
leche de la higuera sobre la sarna  
a curarlo todo  
savia blanca  
derramada  
Nunca debió parir  
los hijos son como los buitres  
se lo comen a una viva y muerta  
Plumas no le crecen en la cabeza  
un nombre  
de plumas sin cabezas  
Mi nombre no tiene país  
porque mi país vive sin nombre  
se lo robaron estos y aquellos a cambio de un voto  
lo arrojaron al río  
y no pude sostener mi nombre en la corriente  
Una cascada es una herida  
El agua que trae mi nombre  
hace crecer las flechas  
y en la punta de las flechas tu nombre  
el silbido del pica hueso  
Qué hacen los pájaros que no son nombrados  
a qué hora se los traga la noche

A dónde van a parar los picos de los pájaros  
cuando no cantan  
el Ávila es el pico de qué pájaro  
Hay pájaros que dicen mi nombre  
después de muertos  
y se les hace piedra el pico  
No puedo sostener mi nombre  
y en cambio el mirlo  
hace volar una montaña  
Las líneas de mi nombre, la raíz  
se consuelan con la flor de mayo.



## Tamarindo

Tirado sobre la hierba se yergue, parásito que pretende la fruta. Lo mira el sol. Llueve sobre mí la tarde del domingo. Me come los domingos y me desmigaja en el patio. Se limpia las fauces y sigue detrás de la fruta. Come tamarindos. Las pepas ruedan por el suelo y se me adhieren a la planta de los pies. Cava dentro de mí y me hace remojar en mi propia bilis. En el pantano abro la puerta y me encuentro con su cara que mira el árbol del que penden tres mujeres muertas. Sus cabellos flotan con el viento. El olor de los tamarindos es más fuerte que el de la muerte. Su sexo es una bolsa de tamarindo. Lo chupo y el sabor ácido de sus jugos se derrama. Presiono su pulpa contra el cielo de mi boca. Lo chupo mientras se mecen sus mujeres en las ramas del árbol. Se yergue parásito y desenvaina cuatro semillas. Es un demonio verde y de él sólo quiero una muerte simple. De entre las ramas se cuela el sol y dejan ver de él las venas dentro de su vaina. Yo quiero tragarlo con el favor de la luz. No tengo miedo. Las larvas carecemos de conciencia. Cuando suena la reja, mojo, porque sé que un hombre o una mujer se comerán mi concha mientras él mira y frota su cornamenta contra el metal. Su piel se transparenta lo mismo que su sexo bermejo crece al escuchar mis aullidos. Y yo grito más y estallo contra mi grieta la cabeza de ella, también la de él, hasta que hago jugo de hierbas sus bocas. Él me mira deshecha y penetra su bolsa en la mía una vez, para devolver el fruto al árbol. Cada dos días baña a las tres mujeres y me hace subirlas. Las peino y sus cabellos me quedan entre las manos. Después de bajar y constatar la dirección de los vientos, él me desviste y frota con un estropajo. Para dormirlo, yo lamo el vientre de mi

demonio hasta que me atraviesa. Llueve sobre mí la tarde del primer día. Me come y desmigaja en el patio. La luz se acaba temprano como se acaba la luz de los domingos. Y los pájaros nos picotean el corazón.



## Madre

Cuando yo nací, me recibió el vecino. Era pescador y pescadero.

No había nadie en casa, y el grito de madre lo despertó, lo trajo, y lo hizo abrirle las piernas.

Después de los hombros, se escurrió mi sexo. Dijo “es niña, es niña”. Y yo sentí que entonces me hice niña. Me puso en los brazos de madre, se puso de pie, de frente, nos observó a las dos como un tajalí antes de despedazarlo.

Madre cerró las piernas. La placenta volvió a abrírselas. Yo no lloré. Miraba al pescadero mirarme. Madre oró para que la mar lo devolviera a su orilla. El pescador escuchó el rezo y lanzó sobre los tres una red de mecatillo que colgaba en la entrada de su casa. Las aguas lo mancharon de sangre y a él eso poco le importó. Madre puso mi boca en su pezón izquierdo. Pero yo seguía con mis ojos la ruta del pescador. Alzó su lanza contra la luna oscura y brillaron sus escamas, para entrar a la cueva de caldos. Yo sabía vivir ahí porque yo venía de ahí. Madre se murió un poco. Cogí aire de adentro y la besé para que volviera. El vecino sacó de ella el cardumen de un dolor negro. La dejó hiel, sin barniz, la dejó volver con otras aguas a poblar el misterio. Y madre volvió a mirarme. El pescadero seguía en frente. Nos miraba a madre, a mí, a su pezón rosa.

Madre balbuceaba una súplica.

Madre yace, ola que se repliega al final, en la ribera, ahí donde le reza a Dios y Dios no le responde. Yace en el silencio. Mira cómo me hago palabra. Madre sabe que parió su final.

Cuando yo nací, me recibió el agua. Y madre sedienta. Y un pescadero que no sabía que sabía. Me recibí salvándola. Y desde entonces me suplica por su vida.

¡Ay madre, si pudiera matarte!



## Amante

Yo sé que no soy buena como es buena una yerbera. Sé que hay preguntas que no me puedo responder y respuestas que no he de mencionar. Mi nombre es el espacio que hay entre cada palabra. Un silencio breve. Ese momento de la noche en que ni Dios existe. Sé que no soy buena aunque evada el juicio. Soy la masa de semen que se empelota en la bolsa que sostiene el escroto de un mediodhombre, una mujer a la que se olvida, la amante.



## Último

Hazme niña cuando deje las entrañas del aire,  
quiero ser niña, nunca un héroe.  
Déjame al resguardo del tronco macho,  
bajo la violencia de los árboles sin frutos.  
Déjame sola, quiero estar sola, saber estar sola  
sola cuando al fin sepa cómo morir.  
No quiero misericordia ni milagro.  
No quiero regresar.  
Quiero dormir.



## Manual

Tengo cuarenta años  
la edad justa para darme cuenta de que  
no es importante Dios  
la física lo es más  
porque la gravedad nos termina por sembrar,  
que los hijos se van  
mientras se contiene el bostezo  
que perdiste la vida y se van,  
que los mangos maduros atraen las moscas  
y los verdes, manchan,  
que no me doy cuenta todavía  
por dónde se pone el Sol  
ni si mi piel crece cuando llueve  
o si abro los ojos al Oriente.  
Tengo un poco más de la mitad de mi vida  
y dicen que formo parte de la clase media  
que estoy en medio, justo en el casi  
y no llego a fin de mes  
sardina por salmón  
sonrisa a crédito.  
Tengo la rabia contenida en las manos  
las manos hinchadas  
sin decir que no quería esto  
porque no lo quiero.  
Que afuera la pira agrieta el cemento  
que quién soy yo para que no tarde en atravesarme a mí  
que qué es mi sangre, sino la mutación de la hiedra.  
Tengo cuarenta años  
y ningún manual para aprender a morir.



## Ojos

Cuando madre me parió había otra niña en el cuarto. Ella me bebió de un sorbo. Recuerdo la primera vez que nos vimos. Había en su mirada ganas de estar contenida en mi vientre. Madre la sacó de mí, como se arranca la papa de la tierra. Una vez nos volvimos a encontrar: yo me subí a sus piernas a caballito. Tenía doce y me bajó la regla. Pasados los años, le robé al marido y al devolvérselo ella me regresó los ojos. Madre murió y ya no quise ver más.



## Mantel

Que a una la tumben sobre la mesa  
le abran como a una cortina  
y le mordisqueen la entrepiernas  
no es presumir del trabajo del marido  
es dejarse tender como un mantel  
sobre el agua.



## Anfibia

Un día mi padre le aventó un ventilador a mi madre que, después de rebotar sobre la espalda de ella, vino a tener a mis pies. Desde entonces el aire es denso y yo hago un esfuerzo por no respirar.



## Roca

Esta mañana soñé que manejabas entre la niebla y nos rompíamos la frente contra la roca donde nació tu madre. Soñé que mi amiga me decía que tener a sus hijas era lo más hermoso, y yo sabía que mentía. Le estrellaba el corazón contra la roca donde ahora moría la madre de tu madre. Las mujeres que dicen que son felices cuando los hijos no saben vivir sino de ellas, perdieron el olor. Un día, tendidas en los filos de la roca, me dijo que el cielo le daba la espalda, y lloró. Sus hijos habían crecido y había olvidado cómo se mentía.



## Casa

Miro aquella casa y esta otra. Las desbarato y rearmo con mis propias manos, como si en aquella, o en esta, la que estuviera mal fuera la casa. Mis ruinas. Huyeron de mí las raíces de la luz. ¿Eres la noche? Olvido mis errores. Sé que nada me pertenece, tampoco mis errores. Mi casa no es mía. Es una ciénaga, con paredes de mierda, que se me viene encima. ¿Eres la noche? No te abro la puerta, porque mi casa ya te conoce y no puede haber más de una noche sobre mi almohada.



Que no me den a elegir  
a quién salvar  
porque toda elección  
comporta mi muerte.



## Esquinera

No sé dónde. Dónde me dejé. Fue aquel día cuando maldije a mamá, mi segunda muerte. Hice desde entonces fila para odiarme. Cuando en mi terror por el terror, en una esquina en la que siempre guardo pedazos de horas perdidas, en las que miro al espejo y detallo el movimiento propio, momentos en los que restriego el puño de la toalla contra mi sexo sin lograr nada a cambio, cuando en mi terror por el terror, temo. Esa esquina vacía. Ni siquiera estoy ahí, sino el recuerdo de lo que creo que soy: una pequeña mujer sin Dios, sin lugar y con tiempo de sobra.



## Parte de guerra

Le dije que me atara de las manos y me golpeará con fuerza mientras me penetraba. En principio lo hacía con suavidad. A medida que apuntaba el mentón hasta lamerme la vagina aumentaba en ferocidad. A mí me excitaba tanto como a él. Se turnaba entre la lengua y el pene. En la última bofetada se vino en su propia boca y mi boca ensangrentada contenía la luz y aquella sombra lechosa. No sabíamos qué carnes habíamos perdido. Tampoco nos importaba. Afuera la lluvia dormía a nuestros hijos. Adentro nos despellejábamos. En el país anunciaban otra guerra, y ya nosotros nos habíamos quedado sin algunas partes.



## Robo

Me habían arrancado las bolsas del mercado de camino a casa y las manos también. Tú habías llegado primero y allí estabas, dormido. Una pierna te colgaba y la otra reposaba sobre el lomo del mueble. Sobresalía de en medio el bulto de tu pene. No hice ruido y me senté en frente a contemplarte. Era una curva tibia de donde parecía despuntar el día, inmaculado. Dejé de importarme que me hubiesen vaciado. Fue suficiente el deseo para que tu bulto se hinchara y entreabrieras los ojos y me encontraras sin ramas.

Me tomaste de la cintura y me subiste sobre la mesa. Todavía estaba fresco el cemento en tus pantalones y me hiciste dos torpes manos sobre tu vientre. Una pantalla de cabillas espinó y salivó el cactus en mi tierra. Las bolsas de tus testículos me devolvieron la carne sobre el acero. No recordé más ningún otro arrebato. Entonces me enseñaste a moldear la torre en punta y yo reboté sobre ella y me dejé penetrar en una hora cualquiera. Abría y cerraba las alas. Inventamos un ritmo animal puro.

Me habías devuelto las manos y podía amasar. Te empujé y amasé mis tetas. De inmediato te esperaba sobre la mesa con las piernas abiertas para que cenaras. Me gustaba medir la extensión de mi vagina juntando los dedos y paleando abajo como quien siembra, tocarme sabiendo que me espiabas y moverme en círculos. Abrías la boca sin decir palabra. Te masturbabas y volvías otra vez sobre mí.

Dejamos las cortinas abiertas para que los vecinos escucharan. Mientras me cogías te contaba que me habían robado, lo gritaba, lo gemía, y el vecino se venía con nosotros.



## Margarita

Cuando la mayor grita en las noches, me aprieto los oídos para no escucharla, pero sus gritos me alcanzan incluso cuando hace silencio. Mientras a la pequeña la dejo orinarse en su remedo de niña rosa. ¿En qué se convierte una mujer que no resuelve a Electra? ¿De qué otro hombre se cuelga? ¿A cuántas hijas he de parir, Margarita, para dejar de repetirme? A la del medio la miro revolcarse en mis espejos. Le crece el mismo lunar en la nariz. Por las noches se lo raspo con cuidado, como si con las uñas me trajera su destino. Tengo sangre en las uñas, Margarita, y una lágrima por cuna.



## Tú no

Esta soy yo y esta es mi herida. La carne que nace del cuchillo. La luna que colorea el filo. El reflejo de los filos que me hieren. Madre que apaga la luz y se va a vivir al pasado. Esta soy yo y esta es mi oscuridad. Y ahí estás tú, donde Dios no existe, porque si existiera, tú no.



## Fórmica

No quiero darle la cara al poema. Que sea bastardo. Un hijo al que no se le quiere. Un retablo de fórmica. Que le duela a quien le pone su nombre. Está el que hace difícil la poesía, una cerradura a la que ninguna llave puede atravesar, un ave sin ventanas. Está a quien no le importa. Y estoy yo. No dejo que el poema me nombre ni que lo lloren los perros a la sombra. Escribo cuando se apagan todas las luces para encender la noche cerrada. No son mis ojos los ojos del poema, no soy la mujer que escribe, no es mi sangre la sangre de esta luz.



## Pez

Les grité a mis hijas. Lo único que tenía de comer no les gustó. Les grité que soy una mujer de miedo y con miedo. Les grité y se me fue de las manos el único pez que podía sostener. Ha vuelto al mar donde las olas no se contienen. Era un pez de miedo y con miedo al que nunca debí amputar las agallas.



## Juana

A los hijos de Juana no los dejan ayudar con las bolsas del mercado a la madre. Son un par de muchachos grandes, a los que en cada mano le cabe un racimo de lágrimas de Juana.



## Lucía

Uno la penetró hasta meterse todo él. Le apretó el hueso de marfil que sostiene el corazón. Le gritó “puta”. Eyaculó. El otro se asomó a copular con el primero, dentro de Lucía. La danza invitó al tercero. Se lamían entre sí. Se masticaban los pedazos. Lucía albergó la bestia de tres cabezas que se come a las mujeres del sur, y pudo convertir la fruta en piedra.



## Macho en polen

Cierro los ojos y lo imagino hinchado de agua: flota en el tanque de agua que compramos al mudarnos. Es azul, un cilindro azul, al que le caben quinientos litros de agua, y también su cuerpo de macho en polen. Parece un cerdo al que el hacha en la frente no perdona. Chillaba antes de que el agua burbujeara mi nombre. Entonces abrí los ojos: yo estaba a su lado, y él se lamía los huesos del pollo.



## Cartilla

Daniel viene todos los días a las nueve a aprender a leer. Tiene casi diez años y le cuesta diferenciar la pe de la be. Madre lo sienta en la ventana de la biblioteca, a ver si el viento alivia la resequedad. A las diez tiene que devolverse al trabajo, bate el cemento con el que levanta casas ajenas, casas que nunca tendrá. Esta semana reúne para comprarse los cuadernos. A Daniel se le ha muerto el vientre, y es su abuela Aurora quien lo cobija. Lee sin siquiera mirar la cartilla. Sus ojos están constantemente extraviados, se los robó el cuervo de septiembre. Daniel quiere romper los cuadernos y dejarse malograr. Rendirse quiere. Pero un mandamiento lo mantiene a mi lado: estamos probando quién resiste más.



## Muerta

Que nadie se pose sobre mi tumba. Que no sepa nadie que estoy muerta. Que nadie siembre bellalasonce en la tierra que me cubre, porque ya no me cubre nada. Que cuando no me vea no pregunte, porque la que pregunta nunca fue la que me cubrió. La que supo de mí, sabe que estoy muerta.



## Güevonada

Decías que el amor se acaba. Y una ama también las criaturas que le nacen muertas. Decías que se acaba como se acaba el arroz, que termina por hacerse mierda. Yo tengo arroz, aun cuando a los demás le falta. Soy la semilla muerta, el huerto de tierra negra. Dime, cómo crecen las palabras sobre tu espalda. Pensaba en eso de que el amor se acaba mientras cocía el arroz, y que —según los cálculos— ningún arroz deja de multiplicarse, tampoco hay registro de algún arroz que haya amado. ¿Cómo se siembra el arroz? ¿Qué coño tiene que ver el arroz con tu güevonada?



## Noche

Es alta la noche, el cielo de una niña a la que le revientan las tetas. La noche que la acuesta bocarriba es alta. Contiene lágrimas que los ciegos hacen estrellas. La noche me ha dicho que quiere morir. Tiene diez años. Se roba los secretos y se tuerce clineja entre las piernas de mi cocina. Busca en sus ojos la hoja de laurel, el punto exacto de miel. Pero su noche suicida le canta a la máscara, una luna oscura para una noche oscura. La distancia entre la media sonrisa y el techo de su cielo son los brazos de una mandrágora. Yo no sé qué hacer con una noche que quiere morir, más que acompañarla a aullar, expandir las branquias, caer en la muerte suya y de nadie, la muerte muerta de una niña que quiere morir. No puedo estar en silencio. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que oré: la noche es la patria en la que no duermen los ángeles, la noche la rama de los árboles muertos, la noche, la cuna, el pecho roto de nada, de nadie. La noche niña.



## República

Hoy cociné en la República de tu lengua. La hice lamer la montaña que se forma cuando una línea y otra línea se hacen piernas sobre ti. Yo nacía y tú nacías al horror de abandonar el horror, el oscuro cuarto de la multitud. Hoy cociné en tu escuela de soles de agua, el jardín donde suelo guindar mi nombre para que se escurra. Cocinaba y dormía, y a la lengua le crecía una almeja de cuyas ramas pendían ovarios, botones de sangre y saliva. Cociné en la olla en la que reposaban las cenizas de mi abuela. Yo nacía y tú nacías bajo un cielo de terciopelo grana. De nuestra democracia parió la mosca que todo lo pudre, menos los ojos de la propia mosca, verde esmeralda. Hoy cociné una palabra y fue de ella que se hizo mi leche, y fue ella la que rompió mis pezones, y fui de ella los ojos de la mosca, y de cada pestaña una lengua que no muere.



## Dormancia

Lo miro caer en cada desayuno. Es un ángel de cerámica de cuyas alas guinda una pequeña tarjeta. Quiere formar familia. Por eso no teme estrellarse contra el piso. Pero las manos de mi vieja lo remiendan, hasta hacerlo cuerpo. En el pedazo de papel que le cuelga está escrito el nombre de mi hermana muerta: Casel. Desde esta mañana mamá duerme y dormirá siempre. El ángel desempolva y se fractura en miles de esporas una vez, otra vez.



## Hueco

Mi cuerpo tiene un hueco profundo como si  
constantemente un niño saliera de él, pero las imágenes,  
mis imágenes de mí, no son la realidad, no soy el hueco,  
tampoco el grito ni el niño que llora cuando sale de mí, no  
soy mi enemiga ni la imagen de mi enemiga saliendo de mí.  
Soy el cubil de una palabra que cava en la tierra para nacer  
en mis manos. Me tiendo: de la entrepierna hacia abajo me  
sostiene el suelo, y del vientre hacia arriba un bloque de  
agua cuyo fondo infinito es negro como el agujero del iris.  
Floto en la oscuridad hasta que mi cabeza corona la luz.



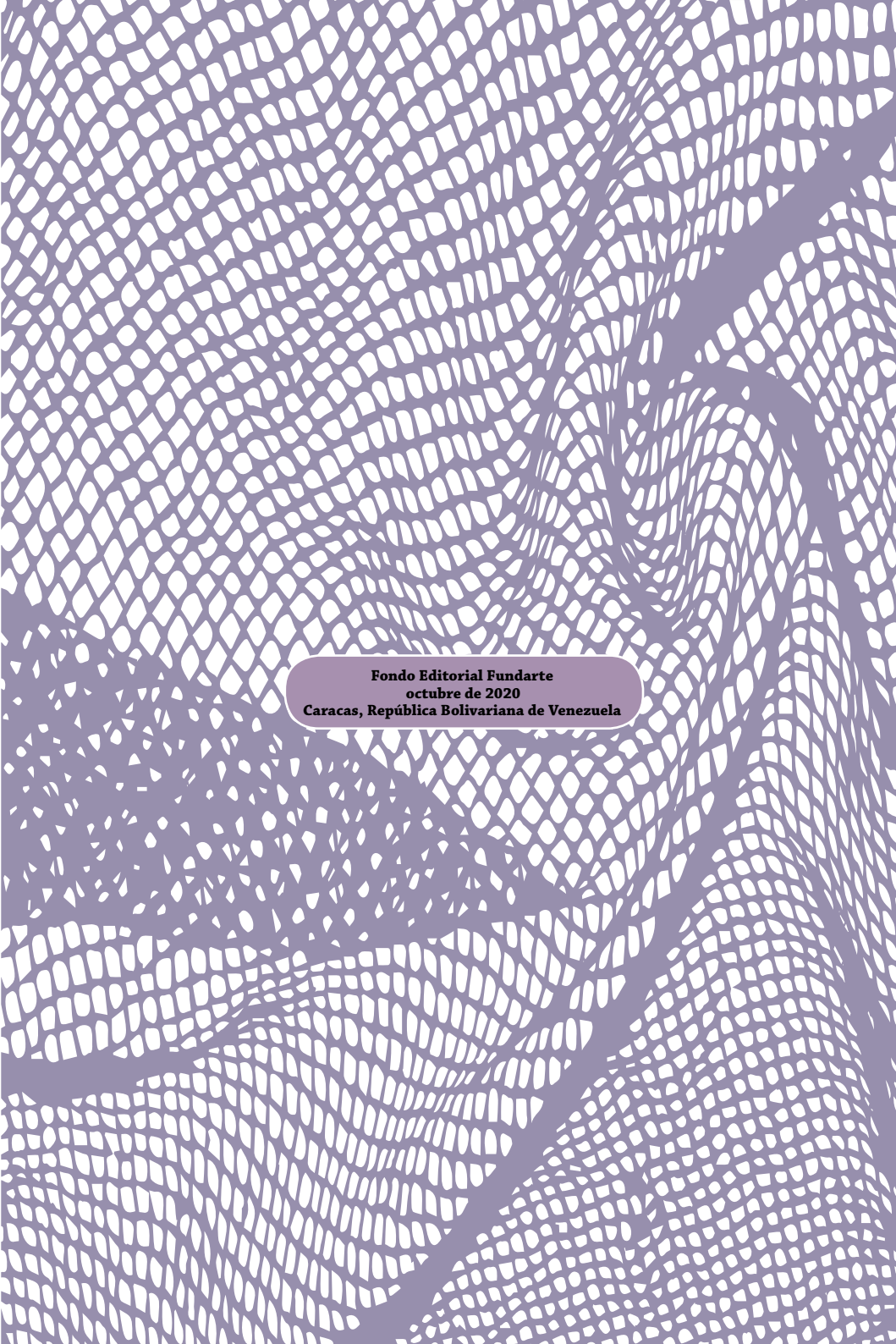
## Mundia Magdaleno (Caracas, 1976)

es heterónimo de Indira Carpio Olivo (Caracas, 1984)

Egresada de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela (UCV), donde ha ejercido como docente. Ha sido presentadora, guionista y productora de programas de radio y televisión, así como columnista de diversos medios impresos y digitales. Es autora de la columna “Poesía o nada”. Por sus trabajos en medios digitales, obtuvo mención especial en el Premio Nacional de Periodismo “Simón Bolívar” 2016. Es autora de los libros **Mujericolas** (Fundación Editorial El perro y la rana, 2017) **Frutos extraños** (Premio Nacional de Literatura “Stefania Mosca” 2018 - Fundarte, 2019), **Cartas de agua** (Índigo editoras, 2020) y **Diario venusiano** (Liberoamérica, 2020).

[Instagram](#)





**Fondo Editorial Fundarte**  
**octubre de 2020**  
**Caracas, República Bolivariana de Venezuela**